

La insufrible levedad del populismo

Alfredo Acle Tomasini©

La corrupción es el proceso a través del cual los bienes públicos se convierten en privados. Por ello, actúa como un mecanismo perverso de redistribución de la riqueza, que les quita a los más para darle a los menos. Pero, sería erróneo si nos limitamos a pensar que ese tráfico, abarca exclusivamente cuestiones tangibles que tienen un valor material; utilizar a las necesidades insatisfechas de la sociedad como moneda de cambio para lucrar políticamente en búsqueda de ambiciones personales, es una forma de corrupción equivalente; primero se tomará la confianza del pueblo, después, al llegar el inevitable momento de pago, será su bienestar.

Los orígenes del populismo datan del siglo diecinueve cuando las monarquías absolutistas fueron sustituidas por regímenes, que aun siendo monárquicos, debían compartir el poder con un parlamento. Por lo que para regresar la manecillas del reloj, buscaron en el favor del pueblo la legitimidad que les permitiera pasar por encima de la división de poderes. Así fue como Napoleón III justificó su peculiar forma de gobernar y la de su tío que le precedió cincuenta años antes. Razón que explica porqué en un inicio al populismo se le conociera como Bonapartismo.

Una de las formas como el populismo ha legitimado su fachada democrática es mediante el uso del plebiscito. Por ejemplo, Hitler utilizó hábilmente este recurso para hacerse de un poder absoluto. De ahí, que la aplicación en México de este mecanismo de consulta pública, deba analizarse con especial cuidado, y en el eventual caso de que se establezca, las situaciones y los asuntos para los cuales se utilizaría deben estar claramente acotados, de otra forma, en manos equivocadas y con la mercadotecnia adecuada, se podría convertir en un riesgo para nuestra vida democrática.

En épocas modernas, y aún sin plebiscitos formales, las interpretaciones simplistas de los resultados electorales han jugado un papel equivalente al de éstos; no importa que los triunfos se obtengan con porcentajes reducidos del padrón o que el número de votos a favor sea menor que la suma de los sufragios en contra, el ganador se asume como el depositario absoluto de la voluntad popular, cuando en realidad lo es sólo de una parte minoritaria. Asimismo, ocurre un fenómeno similar con las encuestas de popularidad, a las que erróneamente se les considera una suerte de consulta pública, cuando no son más que meros sondeos de opinión.

El populismo convierte a la política en un manejo descarado de las masas, quienes ante la aparente popularidad del líder, se transforman en un rebaño que se arrea y conduce de manera ingeniosa, a través de golpes de opinión. Así, el populista, como si fuera un “Tarzán mediático”, va saltando de liana a liana, de asunto a asunto, en búsqueda del impacto que mantenga tan viva su imagen mesiánica, como constante la división entre malos y buenos. Será, así, el verdugo de los primeros y el protector de los segundos.

Por eso el populismo entraña una paradoja, porque si bien es la voluntad popular lo que entroniza al supuesto líder, esto se hace mediante la explotación de los sentimientos del

pueblo a cambio de que renuncie a su razón. Parecerá que es él quien manda, pero en realidad será quien obedece. Su apoyo será tan grande como ciega su fe, en que ese nuevo César representará la solución de sus problemas.

Por eso al populismo es una enfermedad social de alta peligrosidad, porque ataca cuando la sociedad presenta síntomas de más debilidad, los cuales explota permitiéndole extenderse rápidamente, al ofrecer remedios que propician una aparente mejoría, pero que a la postre se vuelven insostenibles, provocando recaídas violentas y ruinosas, que fatalmente devuelven a los pueblos a situaciones más precarias de las que se encontraban.

El pueblo alemán pagó caro un populismo basado en la guerra y el odio; el argentino pagó caro un populismo que en apariencia beneficiaba a los más desposeídos; el pueblo venezolano está pagando caro un populismo revanchista; y al pueblo mexicano le ha salido caro, el populismo que disfraza como dádivas lo que en realidad son deudas.

La precaria situación en la que se encuentra la mayoría de la población, la hace presa fácil del oportunismo populista y puede propiciar una subasta irresponsable de ofertas políticas cuyo costo pagará con creces el propio pueblo. Ciertamente, hay que alertarlo sobre los riesgos del populismo, pero ello no lo elimina. Su caldo de cultivo es la pobreza y la injusticia, y mientras éstas sigan siendo la condición de millones de mexicanos, el país seguirá expuesto a efímeros Césares, que más que gobernar, leviten.